

**LA REPRODUCCIÓN DE LA
FUERZA DE TRABAJO EN
LA ECONOMÍA GLOBAL
Y LA REVOLUCIÓN
FEMINISTA INACABADA**

Silvia Federici



La reproducción de la fuerza de trabajo en la economía global y la revolución feminista inacabada¹

Silvia Federici

El trabajo de las mujeres y la procreación están profundamente sepultados en el corazón de la estructura social y económica capitalista. —David Staples, *No Place Like Home* (2006).

Es claro que el capitalismo ha conducido a la super-explotación de las mujeres. Ello no ofrecería mayor consuelo si tan solo significara elevada miseria y opresión, pero afortunadamente también ha provocado resistencia. Y el capitalismo se ha dado cuenta de que si ignora o reprime completamente esta resistencia, ella se volverá más y más radical, convirtiéndose eventualmente en movimiento de confianza en sí mismas y, quizá, incluso en el núcleo de un nuevo orden social. —Robert Biel, *The New Imperialism* (2000).

El agente liberador emergente en el Tercer Mundo es la fuerza no asalariada de las mujeres que no han sido desconectadas aún de la economía de la vida por medio de su trabajo. Ellas sirven a la vida, no a la producción de mercancías. Son el apuntalamiento oculto de la economía mundial, y el equivalente salarial de su trabajo para la vida se estima en 16 trillones de dólares. —John McMurtry, *The Cancer State of Capitalism* (1999).

La mano del mortero reventó de tanto moler. Mañana me iré a casa. Hasta mañana, hasta mañana... De tanto moler, mañana me iré a casa. —Canción de mujeres Hausa de Nigeria.

Este texto es una lectura política de la reestructuración de la (re)producción de la fuerza de trabajo en la economía global, pero también es una crítica feminista a Marx que, de diferentes maneras, se ha desarrollado desde la década de 1970. Esta crítica fue articulada primeramente por activistas de la campaña Salario para el Trabajo Doméstico, especialmente por Mariarosa Dalla Costa, Selma James, Leopoldina Fortunati, entre otras, y más tarde por Ariel Salleh, en Australia, y las feministas de la escuela Bielefeld, María Mies, Claudia Von Werl-

¹ El texto es del año 2008 y fue publicado en español en Federici, Silvia (2013) *La revolución feminista inacabada. Mujeres, reproducción social y lucha por lo común*. México, Capulli

hof y Veronika Bennholdt-Thomsen. Al centro de esta crítica se argumenta que el análisis de Marx sobre el capitalismo fue entorpecido por su incapacidad de concebir la actividad productora de valor de otra forma que no fuese producción de mercancías, y su consiguiente ceguera ante el significado de la actividad reproductiva no pagada de las mujeres en el proceso de acumulación capitalista. Ignorar esta actividad limitó su comprensión sobre la verdadera extensión de la explotación capitalista del trabajo, y la función del salario en la creación de divisiones al seno de la clase trabajadora, comenzando con la relación entre mujeres y hombres. Si Marx hubiera reconocido que el capitalismo necesita apoyarse, tanto en una inmensa cantidad de actividad doméstica no pagada para la reproducción de la fuerza de trabajo, como en la devaluación de estas actividades reproductivas con el fin de recortar el costo de la fuerza laboral, posiblemente se hubiera inclinado menos a considerar el desarrollo capitalista como inevitable y progresivo. En cuanto a nosotras, un siglo y medio después de la publicación de *El capital* (Marx, 1867/1990), debemos desafiar el supuesto de la necesidad y la progresividad del capitalismo, al menos por tres razones.

Primero, cinco siglos de desarrollo capitalista han agotado los recursos del planeta antes que crear las condiciones materiales para la transición al comunismo (como lo anticipó Marx), mediante la expansión de las fuerzas de producción en la forma de industrialización a gran escala. La escasez —de acuerdo a Marx, obstáculo mayor para la liberación humana— no se ha vuelto obsoleta. Al contrario, la escasez a escala mundial es hoy directamente un resultado de la producción capitalista. Segundo, mientras el capitalismo parece reforzar la cooperación entre trabajadores en la organización de la producción de mercancías, en realidad, divide a los trabajadores de muchas maneras: mediante una desigual división del trabajo, el uso del salario, que otorga a los asalariados poder sobre los no asalariados; la institucionalización del sexismo y el racismo, que naturalizan y mistifican, así como a través de la presuposición de diferentes personalidades y la organización de regímenes laborales diferenciados. Tercero, a partir de la revolución en México y en China, las luchas más antisistémicas del último siglo no han sido enarboladas solo ni principalmente por trabajadores industriales asalariados, los sujetos revolucionarios proyectados por Marx, sino que han sido dadas por movimientos rurales, indígenas, anticolonialistas, antiapartheid y feministas. Hoy también, se llevan a cabo por campesinos, pobladores urbanos, así como por trabajadores industriales en África, India, Latinoamérica y China. Más importante aún, estas luchas son sostenidas por mujeres que, contra toda adversidad, reproducen a sus familias sin importar el valor que el mercado asigna a sus vidas, valorizando su existencia, reproduciéndose para

su propio bien, aun cuando los capitalistas declaran su inutilidad como fuerza de trabajo.

¿Cuáles son las perspectivas, entonces, de que la teoría marxista pueda servir como una guía para la revolución en nuestro tiempo? Hago esta pregunta analizando la reestructuración de la reproducción en la economía global. Mi reclamo es que si la teoría marxista se va a dirigir a los movimientos anticapitalistas del siglo xxi, debe repensar la cuestión de la reproducción desde una perspectiva planetaria. Reflexionar sobre las actividades que reproducen nuestra vida, disipa la ilusión de que la automatización de la producción puede crear las condiciones materiales de una sociedad no explotadora, mostrando que el obstáculo para la revolución no es la falta del saber (know-how) tecnológico, sino las divisiones que el desarrollo capitalista produce en la clase trabajadora. De hecho, el peligro hoy es que además de devorar la tierra, el capitalismo desata más guerras como la que Estados Unidos ha lanzado contra Afganistán e Irak, atizado por la determinación sistémica de apropiarse de todos los recursos naturales del planeta y controlar la economía mundial.

Marx y la reproducción de la fuerza de trabajo

Sorprendentemente, dada su sofisticación teórica, Marx ignoró la existencia del trabajo reproductivo de las mujeres. Reconoció que, no menos que toda otra mercancía, la fuerza de trabajo debe producirse y, en tanto tiene un valor monetario, representa “una cantidad definida de la actividad social promedio objetivada en ella” (Marx, 1867/1990: 124). Pero, al tiempo que exploró meticulosamente la dinámica de la producción hilandera y su valorización capitalista, fue sucinto al abordar la cuestión de la actividad reproductiva, reduciéndola al consumo de mercancías que los trabajadores podían comprar con sus salarios, y al trabajo que la producción de estas mercancías requiere. En otras palabras, como en el esquema neoliberal, en la consideración de Marx también, todo lo que se necesita para reproducir la fuerza laboral es la producción de mercancías y el mercado. Ningún otro trabajo interviene para preparar los bienes que consumen los trabajadores o para restaurar física y emocionalmente su capacidad de trabajo. No se hace diferencia alguna entre la producción de mercancías y la producción de la fuerza de trabajo (Marx, 1867/1990: 124). Una línea de ensamblaje las produce a ambas. De acuerdo con esto, el valor de la fuerza de trabajo se mide por el valor de las mercancías (comida, ropa, casa), que deben proveerse al trabajador: “el hombre, de modo que pueda renovar su proceso vital”; es decir, ambas se miden por el tiempo de trabajo socialmente necesario para su producción (Marx, 1867/1990: 124).

Aún cuando argumenta la reproducción de los trabajadores sobre una base generacional, Marx es extremadamente breve. Nos dice que los salarios deben ser lo suficientemente elevados para asegurar los reemplazos del trabajador; sus hijos, de modo que la fuerza laboral pueda perpetuar su presencia en el mercado (Marx, 1867/1990: 125). Pero, una vez más, los únicos agentes relevantes que reconoce en este proceso son los trabajadores masculinos que se reproducen a sí mismos, sus salarios y sus medios de subsistencia. La producción de trabajadores es por medio de las mercancías. Nada se dice acerca de las mujeres, de su actividad doméstica, sexualidad y procreación. En los pocos casos en que se refiere a la reproducción biológica, la trata como un fenómeno natural, argumentando que es a través de los cambios en la organización de la producción que se crea periódicamente un excedente de la población para satisfacer las necesidades cambiantes del mercado laboral.

¿Por qué Marx ignoró tan persistentemente la actividad reproductiva de las mujeres? ¿Por qué, por ejemplo, no se preguntó qué transformaciones deben sufrir las materias primas involucradas en el proceso de reproducción de la fuerza de trabajo, con el fin de que su valor se transfiera a sus productos (como lo hizo en el caso de otras mercancías)? Sugiero que las condiciones de la clase trabajadora en Inglaterra —punto de referencia de Marx y Engels— explican en parte esta omisión (Federici, 2004/2010). Marx describió la condición del proletariado industrial de su tiempo tal como la vio, y la actividad doméstica de las mujeres difícilmente era parte de ella. La actividad doméstica, como rama específica de la producción capitalista, estaba bajo el horizonte histórico y político de Marx hasta el final de la clase trabajadora industrial. Aunque desde la primera fase del desarrollo capitalista, y específicamente en el período mercantilista, el trabajo reproductivo fue subsumido formalmente a la acumulación capitalista; fue solo a finales del siglo XIX que el trabajo doméstico emergió como motor clave para la reproducción de la fuerza de trabajo industrial, organizada por el capital para el capital, de acuerdo a los requerimientos de la producción fabril. Hasta la década de 1870, consecuentemente con una política que tendía a la extensión ilimitada de la jornada de trabajo; y la compresión extrema del costo de producción de la fuerza de trabajo, la actividad reproductiva se redujo al mínimo, dando por resultado la situación vigorosamente descrita en el volumen 1 de *El capital*, en el capítulo sobre la jornada de trabajo, y en *La situación de la clase obrera en Inglaterra* de Engels (1845): es decir, la situación de una clase obrera casi incapaz de reproducirse a sí misma, que tenía como promedio una expectativa de vida de veinte años de edad, y moría en su juventud debido al exceso de trabajo (Marx, 1867/1990: 346).

Solo al final del siglo XIX, la clase capitalista comenzó a invertir en la reproducción del trabajo, en conjunción con un desplazamiento en la forma de acumulación, de la industria ligera a la pesada, que requería una disciplina laboral más intensiva y un tipo de trabajador menos demacrado. En términos marxistas, podemos decir que el desarrollo de la actividad reproductiva, y la consiguiente, emergencia del ama de casa de tiempo completo fueron productos de la transición de la extracción de plusvalor absoluto al relativo; como modo de explotación del trabajo. No sorprende que mientras reconoce que “el mantenimiento y la reproducción de la clase trabajadora prevalece como condición necesaria para la reproducción del capital”, Marx pudo añadir inmediatamente: “Pero el capitalista puede dejar esto tranquilamente a los instintos del trabajador por la auto-preservación y la procreación. Lo único que le importa al capitalista es reducir el consumo individual del trabajador al mínimo necesario” (Marx, 18667/1973: 481-482).

También podemos suponer que las dificultades planteadas por la clasificación de una forma de actividad no sujeta a valoración monetaria, motivó ulteriormente a Marx a permanecer callado sobre este asunto. Pero hay una razón adicional, más indicativa de los límites del marxismo como teoría política, que debemos tomar en cuenta si vamos a explicar por qué no solo Marx, sino generaciones de marxistas, que se criaron en épocas en que las tareas caseras y la domesticidad habían triunfado, siguieron siendo ciegos a esta actividad.

Sugiero que Marx ignoró el trabajo reproductivo de las mujeres porque se mantuvo casado con un concepto tecnologista de la revolución, donde la libertad arriba a través de la máquina, donde el aumento en la productividad del trabajo es asumido como el fundamento material del comunismo, y donde la organización capitalista del trabajo es vista como el modelo más alto de racionalidad histórica, sostenido frente a cualquier otra forma de producción, incluyendo la reproducción de la fuerza de trabajo. En otras palabras, Marx falló en reconocer la importancia del trabajo reproductivo porque aceptó el criterio capitalista de aquello que constituye el trabajo, y creyó que el trabajo industrial asalariado era el escenario donde se jugaría la lucha por la emancipación de la humanidad.

Con pocas excepciones, los seguidores de Marx han reproducido los mismos supuestos, prueba de ello es el continuo romance con el famoso “Fragmento sobre las máquinas” en los Grundrisse (1857-1858), que demuestra cómo la idealización de la ciencia y la tecnología, cual fuerzas liberadoras, continúa siendo, hasta nuestros días, un componente esencial de la visión marxista de la historia y de la revolución. Incluso las feministas socialistas, a pesar de reconocer la existencia del trabajo reproductivo de las mujeres en

el capitalismo, han tendido a enfatizar en el pasado su presunto carácter anticuado, retrógrado y precapitalista, y a imaginar la reconstrucción socialista de este en la forma de un proceso de racionalización, aumentando su nivel productivo hasta aquel alcanzado por los sectores líderes de la producción capitalista.

Una consecuencia en los tiempos modernos de este punto ciego ha sido que los teóricos marxistas no han tenido la capacidad de comprender la importancia histórica de la rebelión de las mujeres contra el trabajo reproductivo después de la Segunda Guerra Mundial, tal cual quedó expresado en el Movimiento de Liberación de las Mujeres, y han ignorado la redefinición práctica que este hizo de lo que constituye al trabajo, quién es la clase trabajadora y cuál es la naturaleza de la lucha de clases. Solo cuando las mujeres dejaron las organizaciones de la izquierda, los marxistas reconocieron realmente la importancia política del Movimiento de Liberación de las Mujeres. Hasta nuestros días, muchos marxistas no reconocen el carácter de género de gran parte del trabajo reproductivo, como es el caso incluso de ecomarxistas como Paul Burkett, o lo usan de dientes para fuera como en la noción de trabajo afectivo de Negri y Hardt. En efecto, los teóricos marxistas son generalmente más indiferentes a la cuestión de la reproducción que Marx mismo, quien dedicó páginas enteras a las condiciones de los niños trabajadores en las fábricas, mientras que hoy sería un reto encontrar cualquier referencia a los niños en la mayoría de los textos marxistas.

Regresaré más tarde sobre los límites del marxismo contemporáneo, para hacer notar su incapacidad en comprender el significado del giro neoliberal y del proceso de globalización. Por el momento, baste con decir que durante la década de 1960, bajo el impacto de la lucha anticolonial y de la lucha contra el apartheid en Estados Unidos, las aportaciones de Marx sobre el capitalismo y las relaciones de clase, fueron sometidas a una crítica radical por los escritores políticos provenientes del tercer mundo Samir Amin y Andre Gunder Frank, quienes criticaron su eurocentrismo y la centralidad que este atribuye al proletariado industrial asalariado como el principal aportador a la acumulación capitalista y sujeto revolucionario (Amin, 1970/1979 y Gunder Frank, 1966/1974 y 1967/1974). De cualquier forma, fue la revuelta de las mujeres contra el trabajo doméstico, en Europa y Estados Unidos, y más tarde la expansión del movimiento feminista alrededor del planeta, en las décadas de 1980 y 1990, lo que desencadenó el replanteamiento más radical del marxismo.

La revuelta de las mujeres contra el trabajo doméstico y la redefinición feminista del trabajo, la lucha de clases y la crisis capitalista

Parece ser una ley social que el valor del trabajo es validado y, quizás, creado por su rechazo. Este fue, ciertamente, el caso del trabajo doméstico que se mantuvo invisibilizado y desvalorado hasta que emergió un movimiento de mujeres que se rehusó a aceptar el trabajo reproductivo como su destino natural. Fue la revuelta de las mujeres contra este trabajo en las décadas de 1960 y 1970 lo que desenmascaró la centralidad del trabajo doméstico no retribuido en la economía capitalista, reconfigurando nuestra imagen de la sociedad como un inmenso circuito de plantíos homogéneos de trabajo doméstico y líneas de ensamblaje, donde la producción de los trabajadores está articulada sobre bases cotidianas y generacionales.

Las feministas no solo plantearon que la reproducción de la fuerza de trabajo involucra un rango más amplio de actividades que el consumo de mercancías, ya que la comida debe ser preparada, las ropas deben lavarse, los cuerpos necesitan ser procurados y cuidados. Su reconocimiento de la importancia de la reproducción y el trabajo doméstico de las mujeres para la acumulación capitalista, llevó también a repensar las categorías de Marx y a una nueva comprensión de la historia, de los fundamentos del desarrollo capitalista y de la lucha de clases. Desde los primeros años de 1970, la teoría feminista tomó formas que radicalizaron el giro teórico que los críticos de Marx provenientes de los países del tercer mundo habían inaugurado. Confirmó que el capitalismo no es necesariamente identificable con el trabajo formal y asalariado; argumentó que, en esencia, es trabajo no libre, y reveló la conexión umbilical entre la devaluación del trabajo reproductivo y la devaluación de la posición social de las mujeres.

Este cambio de paradigma tuvo también consecuencias políticas. La más inmediata fue el rechazo de las consignas de la izquierda marxista tales como las ideas de *huelga general* o *rechazo del trabajo*, las cuales nunca incluyeron a las trabajadoras domésticas. Con el paso del tiempo, se ha llegado a la conciencia de que el marxismo, filtrado por el leninismo y la socialdemocracia, ha expresado los intereses de un sector limitado del proletariado mundial, aquel de los trabajadores hombres, adultos y blancos, que en gran parte han derivado su poder del hecho de que ellos trabajaban en los sectores principales de la producción industrial capitalista, en los niveles más elevados del desarrollo tecnológico.

El lado positivo es que el descubrimiento del trabajo reproductivo ha hecho posible comprender que la producción capitalista descansa sobre la produc-

ción de un tipo particular de trabajador —y por lo tanto, de un tipo particular de familia, sexualidad y procreación—, lo cual ha permitido redefinir la esfera privada como una esfera de relaciones de producción y un terreno de lucha anticapitalista. En este contexto, las políticas, que prohibían el aborto, podían ser decodificadas como dispositivos para la regulación de la demanda de trabajo; el colapso de la tasa de natalidad y el crecimiento en el número de divorcios podían leerse —en cambio— como casos de resistencia a la disciplina capitalista del trabajo. Lo personal devino político y central; caímos en la cuenta de que el estado había subsumido nuestras vidas y reproducción hasta la recámara.

Con base en este análisis, a mediados de la década de 1970 —un momento crucial en la creación de las políticas capitalistas, durante el cual se dieron los primeros pasos hacia la reestructuración neoliberal de la economía mundial—, muchas feministas pudieron ver que la crisis capitalista desplegada era una respuesta no solo a las luchas obreras, sino también al rechazo de las mujeres al trabajo doméstico, así como a la creciente resistencia de nuevas generaciones de hombres y mujeres africanos, asiáticos, latinoamericanos y caribeños contra el legado del colonialismo. Quienes más aportaron a esta perspectiva eran activistas en el Movimiento por la Remuneración del Trabajo Doméstico, como Mariarosa Dalla Costa, Selma James, Leopoldina Fortunati, quienes mostraron que las luchas invisibles de las mujeres contra la disciplina doméstica estaban subvirtiendo el modelo de reproducción que había sido el pilar del acuerdo fordista. Dalla Costa, por ejemplo, en *Riproduzione e emigrazione* (1974) [Reproducción y emigración], señaló que, desde el fin de la Segunda Guerra Mundial, las mujeres en Europa se habían comprometido en una silenciosa huelga contra la procreación, como resultaba evidente por el colapso de la tasa de natalidad y las promociones gubernamentales a la inmigración. Fortunati en *Brutto Ciao* (1976) [Feo adiós] examinaba las motivaciones tras el éxodo rural de las mujeres italianas posterior a la Segunda Guerra Mundial, su reorientación del salario familiar hacia la reproducción de nuevas generaciones; la conexión entre la búsqueda de las mujeres por independencia en la posguerra; su creciente inversión en los infantes, y la creciente combatividad de la nueva generación de trabajadores y trabajadoras. Selma James en *Sex, Race and Class* (1975) [Sexo, raza y clase] mostró que el comportamiento cultural y los roles sociales de las mujeres debían ser leídos como una respuesta y rebelión contra la totalidad de sus vidas capitalistas.

A mediados de la década de 1970, la lucha de las mujeres ya no era invisible, se había transformado en un repudio abierto a la división sexual del trabajo con todos sus corolarios: dependencia económica de los hombres, subordinación

social, confinamiento a una forma de trabajo no pagado y naturalizado, y una sexualidad y procreación controladas por el estado. Contrariamente a una concepción errónea muy extendida, la crisis no se reducía a las mujeres blancas de clase media. De hecho, el primer movimiento de liberación de las mujeres en Estados Unidos estaba formado primordialmente por mujeres negras. Fue el Welfare Mothers Movement [Movimiento de Madres por el Bienestar] el que, inspirado en el Movimiento por los Derechos Civiles, condujo la primera campaña por la remuneración estatal del trabajo doméstico (bajo el nombre de Aid to Dependent Children [Ayuda a hijos dependientes]), campaña por la cual las mujeres lucharon en el país, reivindicando el valor económico del trabajo reproductivo de las mujeres y declarando a la asistencia pública como un derecho de las mujeres (Milwaukee County Welfare Rights Organization: 1972).

Las mujeres se estaban movilizandando también en África, Asia y Latinoamérica, tal como lo demostró la Organización de las Naciones Unidas (ONU) al realizar la Conferencia Global sobre las Mujeres, llevada a cabo en la Ciudad de México en 1975, donde dio inicio a su decisión de intervenir en el campo de las políticas feministas como promotora de los derechos de las mujeres. En otros escritos, he sugerido que Naciones Unidas jugó el mismo papel con respecto a la difusión internacional de los movimientos de las mujeres, como en la década de 1960, en relación a la lucha anticolonial (Federici (inédito), 2000). Como en el caso de su (selectivo) apoyo a la "descolonización", su autodesignación como la agencia a cargo de la promoción de los derechos de las mujeres le permitió canalizar las políticas en favor de la liberación de las mujeres dentro de un marco compatible con las necesidades y los planes del capital internacional y del desarrollo de la agenda neoliberal. En efecto, la conferencia de la Ciudad de México, y las que siguieron, surgieron, en parte, de la conciencia de que las luchas de las mujeres con respecto a la reproducción estaban redireccionando las economías postcoloniales hacia un aumento de la inversión en la fuerza de trabajo doméstica, y eran el factor más importante en el fracaso de los planes de desarrollo del Banco Mundial para la comercialización de la agricultura. En África, las mujeres se habían rehusado de manera consistente a ser recluidas para trabajar en los cultivos comerciales de sus esposos, y habían —en su lugar— defendido la agricultura orientada a la subsistencia, transformando sus poblados de sitios para la reproducción de mano de obra barata —como en la imagen que Meillassoux propuso (1975/1985: 110-111)—, en lugares de resistencia a la explotación. Para la década de 1980, esta resistencia fue reconocida como el principal factor en la crisis de los proyectos de desarrollo agrícola del Banco Mundial, promoviendo un diluvio de artículos sobre "la aportación de las

mujeres al desarrollo, y más tarde, iniciativas orientadas a integrarlas dentro de la economía monetaria como proyectos para la generación de ingresos y esquemas para préstamo de microcréditos patrocinados por ONG. Dados estos acontecimientos, no es sorprendente que la reestructuración producida por la globalización de la economía mundial ha llevado a una inmensa reorganización de la reproducción, así como a una campaña contra las mujeres en el nombre del control poblacional.

A continuación, delinearé las modalidades de esta reestructuración, identificaré las tendencias principales, sus consecuencias sociales y su impacto sobre las relaciones de clase. Antes, sin embargo, debería explicar por qué continúo usando el concepto de fuerza de trabajo, aunque algunas feministas han criticado este como reductivo, señalando que las mujeres producen individuos vivos —hijos, parientes, amigos—, no fuerza de trabajo.

La crítica es bien recibida. La fuerza de trabajo es una abstracción. Tal como nos dice Marx, haciendo eco de Sismondi, la fuerza de trabajo “no es nada si no es vendida” y utilizada (Marx, 1867/1990:126). Yo, de cualquier modo, mantengo este concepto por distintas razones. En primer lugar, para evidenciar el hecho de que en la sociedad capitalista el trabajo reproductivo no coincide con la libre reproducción de nosotros y nosotras mismas, o de otros, de acuerdo a nuestros deseos y los de aquellos. En la medida en que, directa o indirectamente, el trabajo reproductivo es intercambiado por un salario, está sujeto, bajo cualquier punto de vista, a las condiciones que le son impuestas por la organización capitalista del trabajo y las relaciones de producción. En otras palabras, el trabajo doméstico no es una actividad libre, es la “producción y reproducción de los medios de producción más indispensables al capitalista: el trabajador” (Marx, 1867/1990: 481). Por ello, está sujeto a todas las constricciones que derivan del hecho de que su producto debe satisfacer los requerimientos del mercado.

En segundo lugar, insistir en la idea de reproducción de la “fuerza de trabajo” permite revelar el carácter dual de la labor reproductiva y su contradicción inherente y, por lo tanto, el carácter inestable y potencialmente disruptivo de este tipo de trabajo. En la medida en que la fuerza de trabajo puede existir solo en el individuo vivo, su reproducción debe ser al mismo tiempo producción y valorización de las cualidades y capacidades humanas deseadas, y adaptación a los estándares del mercado de trabajo impuestos de manera externa. Pues, tal como es imposible trazar una línea divisoria entre el individuo vivo y su fuerza de trabajo, es igualmente imposible trazar una división entre estos dos aspectos del trabajo reproductivo. De cualquier modo, mantener el concepto hace

emerger la tensión, la potencial separación; sugiere la idea de un mundo de conflictos, de resistencias y contradicciones, que tienen significación política. Entre otras cosas, nos dice que podemos luchar contra el trabajo doméstico sin tener temor a arruinar nuestras comunidades, pues este trabajo aprisiona a los productores, así como a quienes son reproducidos por aquel (una clarificación, que fue crucial para el movimiento de liberación de las mujeres).

También quiero defender, contra las tendencias posmodernas, mi voluntad de seguir manteniendo la separación entre producción y reproducción. Es verdad que en cierto sentido la diferencia entre ambas ha devenido borrosa. Las luchas de la década de 1960 en Europa y Estados Unidos, especialmente aquellas de los movimientos estudiantiles y feministas, han enseñado a la clase capitalista que invertir en la reproducción de la futura generación de trabajadores no paga. No es garantía del aumento en la productividad del trabajo. Por lo tanto, no solo las inversiones estatales en la fuerza de trabajo han decaído drásticamente, sino que las actividades reproductivas han sido reorganizadas como servicios productores de valor por los cuales los trabajadores deben pagar si quieren adquirirlos. De esta manera, el valor que las actividades reproductivas producen es inmediatamente recuperado, en lugar de ser condicionado a la actividad de los trabajadores que ellas reproducen. Sin embargo, la expansión del sector servicios no ha significado de ninguna forma, la eliminación del trabajo reproductivo no pagado del hogar, ni mucho menos ha abolido la división sexual del trabajo dentro de la cual está imbuido; división que separa aún la producción de la reproducción, en términos de los sujetos responsables de tales actividades y en términos de la función discriminatoria de la retribución salarial o la ausencia de esta.

Finalmente, hablo de este trabajo como reproductivo en lugar de llamarlo afectivo porque, en su caracterización dominante, este último describe solamente una parte limitada del trabajo que la reproducción de los seres humanos requiere, borrando el potencial subversivo del concepto feminista de trabajo reproductivo. Subrayando su función en la producción de la fuerza de trabajo y, consecuentemente, develando las contradicciones inherentes en este tipo de trabajo, el concepto de trabajo reproductivo reconoce la posibilidad de alianzas cruciales y formas de cooperación entre productores y los reproducidos: madres e hijos, maestras y estudiantes, enfermeras y pacientes.

Teniendo en mente este carácter particular del trabajo reproductivo, preguntémosnos entonces: ¿cómo la globalización económica ha reestructurado la reproducción de la fuerza de trabajo? Y ¿cuáles han sido los efectos de esta reestructuración sobre los trabajadores y, en especial, sobre las mujeres, que han

sido tradicionalmente el sujeto principal del trabajo reproductivo? Y, por último, ¿qué es lo que podemos sacar en claro de esta reestructuración concerniente al desarrollo capitalista y cuál es el papel de la teoría marxista en las luchas anticapitalistas de nuestra época? Mi respuesta a tales preguntas se dividirá en dos partes. Primero, discutiré brevemente los cambios principales que la globalización ha producido en el proceso general de la reproducción social y en la relación de clase; después, discutiré más extensivamente la reestructuración del trabajo reproductivo.

Nombrando lo intolerable: acumulación primitiva y reestructuración de la reproducción

Hay cinco formas principales en que la reestructuración de la economía mundial ha respondido a los ciclos de luchas de las décadas de 1960 y 1970, transformando la reproducción social y las relaciones de clase. Primero, ha existido una expansión del mercado laboral. La globalización ha producido un salto histórico en la magnitud del proletariado mundial, tanto a través de un proceso global de despojos (cercamientos), que ha separado millones de personas de sus tierras, trabajos y usos y costumbres, como a través del aumento del empleo laboral de las mujeres. No es sorprendente que la globalización se haya presentado como un proceso de acumulación originaria, que ha asumido diversas formas. En el norte, la globalización se ha presentado bajo la forma de descentralización y relocalización industrial, así como de precarización, flexibilización del trabajo y producción *Just in time*². En los países anteriormente socialistas, se ha producido la desestabilización de la industria, la destrucción de la producción agrícola colectiva y la privatización de la riqueza social. En el sur, hemos presenciado la "maquilización de la producción, la liberalización de las importaciones y la privatización de las tierras. El objetivo, de cualquier modo, ha sido el mismo en todas partes.

Destruyendo la economía de subsistencia, separando a los productores de los medios de subsistencia y haciendo que millones de personas se volvieran dependientes de los ingresos monetarios, aun cuando eran incapaces de tener acceso a un empleo remunerado; la clase capitalista ha relanzado el proceso de acumulación y recortado el costo de la producción del trabajo. Dos mil mi-

2 La modalidad de producción *Just in time* -parte del proceso productivo conocido como Toyotismo- se define por haber modificado el anterior proceso de producción industrial caracterizado por producir mercancías por arriba del volumen de demanda (con la consiguiente acumulación de excedentes en bodega para venta futura -o *stocks*-), para orientarse a la producción de mercancías acabadas o sus partes, solamente en la cantidad exacta que es solicitada en un momento preciso. De esta forma, se buscaba reducir los costos de transportación, almacenamiento y los riesgos de sobreproducción. [N. de la E.]

llones de personas han sido integradas al mercado de trabajo, demostrando las falacias de las teorías que argumentan que el capitalismo ya no necesita de cantidades masivas de trabajo vivo, puesto que descansa, supuestamente, sobre el incremento de la automatización de trabajo.

Segundo, la desterritorialización del capital y la financiarización de la actividad económica, que la revolución informática ha hecho posible, han creado las condiciones por medio de las cuales la acumulación primitiva se ha vuelto un proceso permanente a través del movimiento casi instantáneo del capital alrededor del mundo, destruyendo continuamente los límites que la resistencia de los trabajadores a la explotación había puesto al capital.

Tercero, hemos asistido a una sistemática disminución de las inversiones estatales en la reproducción de la fuerza de trabajo, llevadas a cabo por medio de los programas de ajuste estructural y del desmantelamiento del estado de bienestar. Como ya ha sido mencionado, las luchas de la década de 1960 han enseñado a la clase capitalista que invertir en la reproducción de la fuerza de trabajo no se traduce necesariamente en el aumento de la productividad del trabajo. Como consecuencia de ello, han emergido una política y una ideología que reconceptualizan a los trabajadores como microemprendedores, responsables de invertir en sí mismos, siendo estos, supuestamente, los beneficiarios exclusivos de las actividades de reproducción gastadas en ellos. De acuerdo con esto, ha ocurrido un cambio en la articulación temporal entre producción y reproducción. Conforme los subsidios a la salud, la educación, las pensiones y el transporte público han sido recortados; conforme estos derechos han sido gravados con altos impuestos, y los trabajadores han sido obligados a asumir el costo de su reproducción; cada articulación, cada momento de la reproducción de la fuerza de trabajo se ha tornado un punto inmediato para la acumulación.

Cuarto, la apropiación y destrucción de los bosques, océanos, aguas, pesca, arrecifes de coral, especies animales y vegetales, por parte de las corporaciones, han alcanzado un pico histórico. País tras país, desde África hasta las Islas del Pacífico, inmensas extensiones de tierras de cultivo y aguas costeras —hogar y fuente de sustento para inmensas poblaciones—, han sido privatizadas y puestas al servicio del negocio agroindustrial, de la minería o de la pesca industrial. La globalización ha revelado, de forma absolutamente inequívoca, el costo de la producción y la tecnología capitalistas, a tal grado que se ha vuelto inconcebible hablar, tal como hizo Marx en los *Grundrisse* (1973), de la influencia civilizatoria del capital, proveniente de su “apropiación universal de la naturaleza” y “su producción de una etapa de la sociedad [en la cual] la naturaleza deviene simplemente un objeto para la humanidad, una cuestión puramente

de utilidad, [donde] cesa de ser reconocida como una fuerza en sí misma; y la conciencia teórica de sus leyes independientes aparece tan solo como una estrategia diseñada para someterla a las exigencias humanas, sea como un objeto de consumo o como medio de producción (Marx, 1939 en McLellan, 1997/2007: 363-364).

Después del derrame de bp [British Petroleum] y Fukushima en 2011 —entre otros desastres realizados por las corporaciones—, conforme los mares están muriendo aprisionados por islas de basura, conforme el espacio se convierte en basurero, así como en depósito de armas; tales palabras pueden tener para nosotros tan solo reverberaciones ominosas.

En grados diversos, este desarrollo ha afectado a todos los pueblos del planeta. Aun así, el orden del nuevo mundo puede describirse de manera más precisa como un proceso de recolonización. Lejos de eliminar las diferencias existentes en el mundo a través de una red de circuitos interdependientes, lo ha reconstruido como una estructura piramidal, ahondando las desigualdades y la polarización tanto social como económica, y profundizando las jerarquías que históricamente han caracterizado la división sexual e internacional del trabajo; jerarquías que los movimientos de liberación anticolonial y de las mujeres habían socavado.

El centro estratégico de la acumulación primitiva ha sido el antiguo mundo colonial, históricamente soporte del sistema capitalista y lugar de esclavitud y plantaciones. Lo he llamado centro estratégico porque su reestructuración ha sido base y precondition para la reorganización global de la producción y del mercado laboral a nivel mundial. Es aquí, en efecto, donde hemos presenciado los primeros y más radicales procesos de expropiación y pauperización, así como el más radical retiro de las inversiones públicas para la reproducción de la fuerza de trabajo. Estos procesos están bien documentados. Comenzando la década de 1980, como consecuencia del ajuste estructural, el desempleo en la mayor parte del tercer mundo se ha disparado, de tal modo que incluso la *usaid* [Agencia de los Estados Unidos de América para el Desarrollo Internacional]³ ha reclutado trabajadores ofreciendo tan solo comida por trabajo [Food for work]. Los salarios han caído tanto, que se ha reportado que las mujeres trabajadoras en las maquilas compraban leche por vaso, huevos y jitomates por pieza. Poblaciones enteras han sufrido la devaluación de sus monedas, mientras sus tierras les han sido arrebatadas para proyectos gubernamentales o para entre-

³ La USAID es la agencia estadounidense encargada de distribuir la mayor parte de la ayuda exterior de carácter no-militar. En principio independiente, ha sido objeto de duras críticas y acusada de colaboración con la *cia* o de ayudar en diversos escenarios a la desestabilización de gobiernos no alineados con las políticas de Estados Unidos. [N. de la T. en el libro *Revolución en punto cero. Trabajo doméstico, reproducción y luchas feministas*, Traficantes de Sueños, Madrid, 2013: 285]

garlas a inversores extranjeros. Actualmente, la mitad del continente africano se encuentra viviendo bajo programas de ayuda alimentaria de emergencia (Moyo y Yeros, 2005: 1). En África occidental, del Níger a Nigeria y Ghana, la electricidad ha dejado de ser surtida, las redes eléctricas nacionales han sido deshabilitadas, forzando a quienes puedan a comprar generadores individuales cuyos zumbidos llenan las noches, dificultando el sueño de las personas. Los servicios estatales de salud, los presupuestos para educación, los subsidios al campo, el apoyo a las necesidades básicas, todos han sido desmantelados, cortados, desmembrados. Como consecuencia, la expectativa de vida está disminuyendo y fenómenos como carestías, hambrunas, epidemias recurrentes e incluso cacerías de brujas, que supuestamente debieran haber sido borradas de la faz de la tierra por la influencia civilizatoria del capitalismo, han reaparecido (Federici, 2008). Ahí donde los programas de "austeridad y el despojo de tierras no han podido llegar, la guerra ha completado la tarea, abriendo nuevos campos para la explotación petrolera y la cosecha de diamantes o coltán. Por lo que las poblaciones, objeto de tales despojos, se han convertido en los sujetos de una nueva diáspora, que succiona a millones y millones de personas del campo hacia las ciudades, las cuales parecen cada vez más campamentos de emergencia. Mike Davis ha usado la frase *planet of slums* [planeta de ciudades miseria] para referirse a esta situación, pero sería más vívido y adecuado hablar de un planeta de ghettos y un régimen global de apartheid.

Si además consideramos que los países del tercer mundo se han visto forzados, mediante la crisis de la deuda y los ajustes estructurales, a desviar la producción de alimentos del mercado interno al externo, a cambiar la tierra destinada para cultivos alimenticios hacia la extracción minera y la producción de biocombustibles, a talar sus bosques, a transformarse en tiraderos para todo tipo de desechos, así como en tierras depredadas por cazadores de material genético al servicio de las corporaciones; entonces, debemos concluir que, en los planes del capital internacional, existen hoy zonas del mundo destinadas a una reproducción cercana a cero. De hecho, la destrucción de la vida en todas sus formas es hoy tan importante como la fuerza productiva del biopoder en la conformación de las relaciones capitalistas; es un medio para adquirir materias primas, deshacerse de los trabajadores indeseados, desgastar las resistencias y recortar el costo de la fuerza de trabajo.

Una medida del nivel en que la reproducción de la fuerza de trabajo ha sido degradada, es el hecho de que, a lo largo y ancho del mundo, millones de personas están encarando sufrimientos inenarrables, o la perspectiva de la muerte y del encarcelamiento con el fin de migrar. Ciertamente, la migración

no es solo una necesidad sino, como argumentaran Yann Moulier Boutang y Dimitris Papadopolous entre otros (Moulier Boutang, 1998/2006) (Papadopolous, Shephenson y Tsianos, 2008), un éxodo hacia niveles más elevados de lucha, un medio para reapropiarse de la riqueza robada. Es esta la razón por la que la migración ha adquirido un carácter autónomo que hace difícil usarla como mecanismo regulatorio para la estructuración del mercado laboral. Pero no hay duda de que, si millones de personas dejan sus países en búsqueda de un destino incierto a miles de kilómetros de distancia de sus hogares, es porque no pueden reproducirse, o al menos, no bajo condiciones adecuadas de vida. Esto es especialmente evidente cuando consideramos que la mitad de los migrantes son mujeres, muchas casadas y con niños que tienen que dejar atrás. Desde un punto de vista histórico, esta práctica es altamente inusual. Las mujeres son habitualmente las que se quedan, no por falta de iniciativa o restricciones tradicionales, sino porque son quienes han sido hechas para sentir mayor responsabilidad por la reproducción de sus familias. Son quienes deben asegurarse de que los niños tengan comida, aunque a menudo ellas tengan que quedarse sin esta, y quienes se aseguran de velar por los ancianos o los enfermos. Así, cuando cientos de miles dejan sus hogares para enfrentar años de aislamiento y humillación, viviendo con angustia por no poder dar a la gente que quieren el mismo cuidado que brindan a completos extraños al alrededor del mundo, sabemos que algo profundamente dramático está pasando en la organización de la reproducción en el mundo.

De cualquier modo, debemos rechazar la conclusión de que la indiferencia que la clase capitalista internacional muestra frente a la pérdida de vida que la globalización está produciendo, es una prueba de que el capital no necesita más al trabajo vivo. En realidad, la destrucción a gran escala de la vida humana ha sido un componente estructural del capitalismo desde su implantación, como contraparte necesaria de la acumulación de fuerza de trabajo, proceso en sí inevitablemente violento. Las recurrentes crisis de reproducción, que hemos atestiguado en África en las últimas décadas, están enraizadas en esta dialéctica de acumulación de fuerza de trabajo y destrucción. Asimismo, la expansión del trabajo informal y otros fenómenos, que en un mundo moderno pueden parecer abominaciones -tales como el nivel masivo de encarcelamientos o el tráfico de sangre, órganos y otras partes humanas-, deben ser entendidos en este contexto.

El capitalismo alimenta una permanente crisis de reproducción. Si esto no ha sido tan evidente en nuestros tiempos, al menos no en muchas partes del Norte global, es porque las catástrofes humanas que ha causado han sido, las

más de las veces, confinadas a las colonias, externalizadas y racionalizadas como un efecto del retraso cultural, como un apego a tradiciones erradas o tribalismo. Aún más, en gran parte de las décadas de 1980 y 1990, los efectos de la reestructuración neoliberal en el norte fueron apenas sentidos excepto en las comunidades de color, o fueron percibidas en ciertos casos (por ejemplo, la flexibilización y precarización del trabajo), como alternativas liberadoras al régimen laboral rutinario de ocho horas, sino es que como anticipaciones de una sociedad libre del trabajo.

Sin embargo, visto desde la perspectiva de la totalidad de las relaciones trabajador-capital, estos desarrollos demuestran la continuidad del poder del capital para de-concentrar a los trabajadores y minar sus esfuerzos organizativos en el lugar, donde han sido contratados. Estas tendencias combinadas, han abrogado los contratos colectivos, desregulado las relaciones laborales y reintroducido modos informales de trabajo, destruyendo no solo los espacios de militancia comunista, que un siglo de luchas por parte de los trabajadores había ganado, sino amenazando incluso la producción de nuevos bienes comunes.

Asimismo, en el norte, el monto real de los ingresos y el empleo han caído; el acceso a la tierra y a espacios urbanos se ha reducido, y el empobrecimiento—incluso el hambre—, se han esparcido. De acuerdo a un reporte reciente, treinta y siete millones de estadounidenses han caído en el hambre, mientras el 50 % de la población es considerada de bajos ingresos, según estimaciones realizadas en 2011. A esto, hay que agregar que la introducción de tecnología orientada a ahorrar trabajo, lejos de reducir la duración de la jornada laboral, la ha extendido, al grado que (en Japón) hemos visto a gente morir de trabajo, mientras que el tiempo libre y la jubilación se han vuelto lujos. Para muchos trabajadores estadounidenses, se ha vuelto una necesidad trabajar de noche en un empleo adicional a su trabajo formal; mientras que cantidades de ancianos de sesenta a setenta años de edad, privados de sus pensiones, vuelven al mercado laboral. De modo aún más significativo, estamos presenciando el surgimiento de una fuerza de trabajo vagabunda, itinerante, compelida al nomadismo, siempre en movimiento en camiones, tráileres, autobuses, buscando trabajo ahí donde aparece una oportunidad; un destino alguna vez reservado en Estados Unidos para quienes trabajaban en la agricultura estacional, persiguiendo las cosechas como aves de paso a través de los campos.

Junto con el empobrecimiento, el desempleo, la sobreexplotación, la falta de vivienda y el endeudamiento, ha venido la creciente criminalización de la clase trabajadora, a través de una política de encarcelamiento masivo que recuer-

da el *Great Confinement* [Gran Confinamiento]⁴ del siglo xvii, y la formación de un proletariado extra-legal, hecho de migrantes indocumentados, estudiantes endeudados con sus préstamos para estudios, productores y vendedores de bienes ilegales y trabajadores sexuales. Es una multitud de proletarios, existiendo y trabajando en las sombras, recordándonos que la producción de poblaciones sin derechos —esclavos, servidumbre por deuda, peones, convictos, sin papeles—, es una necesidad estructural de la acumulación de capital.

El ataque a la juventud ha sido especialmente duro, particularmente a la juventud negra estadounidense de la clase trabajadora —heredera potencial de las políticas del Black Power—, a la cual nada se le ha concedido, ni siquiera la posibilidad de un empleo seguro, ya no se diga el acceso a la educación. Pero también para muchos jóvenes de clase media, el futuro está en duda. Estudiar sale caro, lo cual provoca el endeudamiento y el usual incumplimiento en el pago de los préstamos a los estudiantes. La competencia laboral es inflexible, y las relaciones sociales se vuelven crecientemente estériles conforme la inestabilidad impide la construcción de comunidad. No es de sorprenderse que entre las consecuencias sociales de la reestructuración de la reproducción, se encuentren el incremento en el suicidio juvenil, así como en la violencia contra las mujeres y los niños, incluyendo el infanticidio. Es imposible, pues, compartir el optimismo de aquellos quienes, como Negri y Hardt, han argumentado en años recientes que las nuevas formas de producción creadas por la reestructuración global de la economía, proveen desde ahora la posibilidad de formas de trabajo más autónomas y cooperativas.

De cualquier forma, la ofensiva contra nuestra reproducción no se ha quedado sin respuesta. La resistencia ha tomado muchas formas, algunas se mantienen invisibles hasta que son reconocidas como fenómenos masivos. La financiarización de la reproducción cotidiana a través del uso de tarjetas de crédito, préstamos o adquisiciones de deuda —en particular en Estados Unidos— debiera también ser vista como una respuesta a la caída en los salarios y un rechazo a la austeridad impuesta por esta, y no tan solo como un producto de la manipulación financiera.

También al derredor del mundo, ha ido tomando forma un movimiento de movimientos que, desde la década de 1990, ha desafiado cada aspecto de la globalización a través de movilizaciones masivas, ocupaciones de tierras y la

4 Desde finales del siglo XVI y a lo largo del XVII, se extendieron por Europa los llamados hospitales generales o casas de trabajo [workhouses], donde eran confinadas forzosamente todas aquellas personas que no eran consideradas productivas (vagabundos, mendigos y pobres en general). Por un lado, el trabajo obligatorio que desempeñaban fue aprovechado en este capitalismo emergente. Por el otro, debido al miedo al encierro en estos centros, las formas de vida que permitían subsistir al margen del trabajo asalariado fueron desapareciendo, lo que allanó el camino a la extensión de la disciplina laboral capitalista necesaria para que se asentara este tipo de trabajo. [N. de la T. en el libro *Revolución en punto cero...*]

creación de economías solidarias, así como de nuevas formas de construcción de lo común. Más importante aún, la reciente propagación de prolongados alzamientos masivos y movimientos Occupy que en los últimos años —de Túnez a Egipto atravesando la mayoría del Medio Oriente, hasta España y Estados Unidos—, han recorrido el mundo, han abierto un espacio en el cual nuevamente parece posible la visión de una transformación social de mayor y más profundo alcance. Después de años de aparente clausura, donde nada parecía capaz de parar los poderes destructivos de un decadente orden capitalista, la Primavera Árabe y la proliferación de casas de campaña a través del paisaje estadounidense -uniéndose a aquellas ya previamente instaladas por la creciente población de sin techo-, muestran que una vez más, el abajo se levanta, y una nueva generación atraviesa las plazas marchando, decidida a reclamar su futuro, escogiendo formas de lucha que potencialmente pueden comenzar a tender un puente entre las principales diferencias sociales.

Trabajo reproductivo, trabajo de las mujeres y relaciones de género en la economía global

Ante este contexto, debemos preguntarnos qué caminos ha seguido la transformación del trabajo reproductivo y cómo es que los cambios por los que ha pasado han moldeado la división sexual del trabajo y las relaciones entre mujeres y hombres. Aquí también, la diferencia substancial entre producción y reproducción sobresale. La primera diferencia es que, mientras la producción ha sido reestructurada a través de un salto tecnológico en áreas clave de la economía mundial, ningún salto tecnológico se ha dado en la esfera del trabajo doméstico, que redujese significativamente el trabajo socialmente necesario para la reproducción de la fuerza de trabajo, a pesar del incremento masivo en el número de mujeres empleadas fuera del hogar. En el norte, la computadora personal se ha metido de tal forma en la reproducción de gran parte de la población, que realizar las compras, socializar, adquirir información e incluso algunas formas de trabajo sexual, pueden ser realizadas en línea. Las empresas japonesas promocionan la robotización de la compañía y el acto sexual. Entre sus inventos se cuentan: robots enfermeros que dan baños a los viejos y la amante interactiva para ser ensamblada según los gustos del consumidor, de acuerdo con sus fantasías y deseos (Folbre, 2006: 349-360). Pero incluso en los países más desarrollados tecnológicamente, el trabajo del hogar no ha sido reducido de manera significativa; en lugar de ello, ha sido entregado al mercado, redistribuido mayormente sobre los hombros de mujeres migrantes del sur y

los antiguos países socialistas. De cualquier modo, las mujeres siguen desarrollando la mayor parte de este. A diferencia de otras formas de producción, la producción de seres humanos es irreductible en la mayor parte de su extensión a la mecanización, requiriendo un alto grado de interacción humana y la satisfacción de necesidades complejas, en las que elementos físicos y afectivos están inextricablemente combinados. El hecho de que el trabajo reproductivo es un proceso de trabajo intensivo, es más evidente en el cuidado de las criaturas y de los ancianos, el cual abarca -incluso en sus partes más propiamente físicas- la provisión de una sensación de seguridad, consuelo y la anticipación de posibles temores y deseos. Ninguna de estas actividades es puramente material o inmaterial, ni pueden ser separadas de formas tales que puedan ser mecanizadas o reemplazadas por el flujo virtual de la comunicación en línea.

Esta es la razón por la que el trabajo del hogar y el del cuidado, más que ser tecnologizado, ha sido redistribuido sobre los hombros de sujetos diferentes por medio de su comercialización y globalización. Conforme la participación de las mujeres en el trabajo asalariado ha aumentado inmensamente, especialmente en el norte, grandes cantidades de trabajo doméstico han sido extraídas del hogar y reorganizadas sobre bases mercantiles mediante el virtual boom de la industria de los servicios, que ahora constituye el sector económico dominante desde el punto de vista del empleo asalariado. Esto significa que más alimentos son consumidos fuera del hogar, más ropas son lavadas en lavanderías o tintorerías, y más comida preparada es comprada para su consumo inmediato.

También se ha dado una reducción de las actividades reproductivas como resultado del rechazo femenino a la disciplina impuesta en el matrimonio y la crianza de los niños. En Estados Unidos, el número de nacimientos ha caído de 118 por cada 1000 mujeres en la década de 1960, a 66.7 en 2006, dando como resultado un aumento en la edad media de las madres primerizas de 30 años en la década de 1980 a 36.4 en el mismo 2006. La caída en la tasa de crecimiento demográfico ha sido especialmente alta en la Europa tanto Oriental como Occidental, donde en algunos países (como Italia y Grecia) la "huelga" de las mujeres contra la procreación continúa, dando como resultado un régimen de cero crecimiento demográfico, que está elevando la preocupación de los políticos y que es el factor principal detrás del creciente llamado a una expansión en la inmigración legal. También, se ha dado en Estados Unidos una disminución en el número de casamientos y matrimonios desde el 56 % de todos los hogares en 1990 al 51 % en 2006; simultáneamente ha habido un incremento en el número de personas que viven solas, monto que ha crecido

hasta en un 30% -en Estados Unidos pasó de alrededor de 7.5 millones de personas, hacia los 23 millones, para llegar hasta los 30.5 millones en el mismo período antes citado-.

Más importante aún es el hecho de que, en las circunstancias que siguieron a los procesos de ajuste estructural y reconversión económica, ha tenido lugar una reestructuración internacional del trabajo reproductivo, por lo que gran parte de la reproducción de la fuerza de trabajo en las metrópolis es realizada ahora por mujeres migrantes que viene del Sur global, especialmente para brindar cuidados a niños y ancianos y para la reproducción sexual de los trabajadores hombres. Desde muchos puntos de vista, este ha sido un desarrollo en extremo importante. Aun así, sus implicaciones políticas desde el punto de vista de las relaciones de poder que ha producido entre las mujeres y de los límites a la comercialización de la reproducción, que este ha dejado expuestos, todavía no han sido comprendidas de manera suficiente entre las feministas. Mientras los gobiernos festejan la globalización del cuidado —lo que los habilita para reducir sus inversiones en la reproducción—, se vuelve claro que esta solución conlleva un costo social tremendo no solo para las mujeres inmigrantes como individuos aislados unos de otros, sino también para las comunidades de las que provienen.

Ni la reorganización del trabajo reproductivo basada en el mercado, ni la globalización de la ciudad, ni mucho menos la tecnologización del trabajo reproductivo han liberado a las mujeres o eliminado la explotación inherente al trabajo reproductivo en su forma actual. Si miramos desde una perspectiva global, vemos que no solo las mujeres realizan aún la mayoría del trabajo doméstico no pagado en cada país, sino que —debido a los recortes en servicios sociales y la descentralización de la producción industrial—, el volumen del trabajo doméstico que realizan las mujeres, pagado y gratuito, puede haber aumentado incluso cuando ellas hayan adquirido un empleo extradoméstico.

Tres factores son los que han alargado la jornada laboral de las mujeres y regresado el trabajo al hogar. El primero es que las mujeres han sido quienes absorbieron el choque de la globalización económica, debiendo compensar con su trabajo el deterioro de las condiciones económicas producido por la liberalización de la economía mundial y la disminución creciente de las inversiones por parte de los estados en la reproducción de la fuerza de trabajo. Esto ha sido especialmente cierto en los países sujetos a programas de ajuste estructural, donde el estado ha cortado completamente los gastos en salud y sanidad, educación, infraestructura y necesidades básicas. Como consecuencia de estos recortes, en la mayoría de África y Sudamérica, las mujeres deben pasar

más tiempo acarreado agua, obteniendo y preparando comida, y lidiando con enfermedades que son mucho más frecuentes en este tiempo en que la privatización de la salud ha hecho inaccesibles las visitas a las clínicas para la mayoría, mientras la malnutrición y la destrucción ambiental han aumentado la vulnerabilidad de las personas a las enfermedades.

De igual manera, en Estados Unidos, debido a los recortes presupuestales, mucho del trabajo que tanto hospitales como otras instituciones públicas han realizado tradicionalmente ha sido privatizado y transferido al interior del hogar, golpeando aún más el trabajo no pagado de las mujeres. Para ejemplificar, basta comentar cómo es que hoy en día los pacientes son echados casi inmediatamente después de las cirugías, y el hogar debe absorber una variedad de tareas médicas posoperatorias y terapéuticas que en el pasado habrían sido realizadas por doctores y enfermeras o enfermeros profesionales (como en el caso de quienes tienen enfermedades crónicas) (Glazer, 1993). La asistencia pública a los ancianos (incluyendo el aseo del hogar y el cuidado personal), también ha sido cortada, las visitas domiciliarias han sido mayormente limitadas y los servicios que se proporcionaban, reducidos.

El segundo factor que ha reorientado el trabajo reproductivo hacia el hogar ha sido la expansión del trabajo doméstico, en parte debido a la desconcentración de la producción industrial, en parte, a la difusión del trabajo informal. Tal como David Staples escribe en *No Place Like Home* [No hay lugar como el hogar] (2006), el trabajo en casa lejos de ser una forma de trabajo anacrónica, ha demostrado ser una estrategia capitalista de largo aliento que emplea hoy a millones de mujeres y niños en todo el mundo, en pueblos, aldeas y suburbios. Staples señala correctamente que el trabajo está siendo arrastrado de manera inexorable hacia el hogar por el empuje del trabajo doméstico no pagado, en el sentido de que la organización del trabajo llevado a las casas, permite a los empleadores hacerlo invisible, minar el esfuerzo de los trabajadores para unirse y llevar los salarios al mínimo. Muchas mujeres escogen este tipo de trabajo en un intento por reconciliar la obtención de un ingreso con la atención a sus familias; sin embargo, el resultado es la esclavización a un trabajo que otorga salarios “muy por debajo de la media salarial que sería pagada si se realizara en un establecimiento formal, y reproduce la división sexual del trabajo que fija a las mujeres aún más profundamente a las labores del hogar” (Staples, 2006: 1-5).

Finalmente, el crecimiento del empleo femenino y la reestructuración de la reproducción no han eliminado las jerarquías laborales de género. A pesar del creciente desempleo masculino, las mujeres aún obtienen una fracción de los salarios destinados a los hombres. Hemos presenciado también un aumento

en la violencia masculina contra las mujeres disparada, por una parte, por el temor a la competencia económica y, por otra, por la frustración que experimentan los hombres al no poder cumplir con sus obligaciones como proveedores de sus familias, y más importante aún, propiciada por el hecho de que los hombres tienen ahora menos control sobre el trabajo y el cuerpo de las mujeres, conforme más mujeres tienen algo de dinero propio y pasan más tiempo fuera de sus hogares. En un contexto de caída salarial y difusión del desempleo, que vuelve difícil para ellos hacer una familia, muchos hombres usan también los cuerpos de las mujeres como medios de intercambio y acceso al mercado mundial, a través de la organización de la pornografía o la prostitución.

Este ascenso en la violencia contra las mujeres es difícil de cuantificar, y su significado es mejor apreciado cuando se consideran sus aspectos cualitativos desde la perspectiva de las nuevas formas que esta ha tomado. Bajo el impacto de los ajustes estructurales, en muchos países, la familia se ha desintegrado completamente. Con frecuencia esto se produce de mutuo acuerdo conforme uno o ambos integrantes migra(n) o se separan en búsqueda de alguna forma de ingreso. Pero en muchas ocasiones es un suceso mucho más traumático cuando el marido abandona a su esposa e hijos, por ejemplo, ante el rostro de la pauperización. En partes de África e India, ha habido, además, ataques contra mujeres mayores, expulsadas de sus hogares e incluso asesinadas después de haber sido acusadas de brujería o posesión demoníaca. Ante la rápida disminución de los recursos, este fenómeno refleja con mucha probabilidad una crisis mucho más grande en el apoyo que la familia debe dar hacia miembros suyos, quienes no son vistos ya como elementos productivos. De manera por demás significativa, ha sido también asociada con el desmantelamiento en marcha de los sistemas de tierras comunales (Hinfelaar, 2007). También es una manifestación de la devaluación que han sufrido el trabajo reproductivo y quienes lo realizan, ante la expansión de la monetarización de las relaciones (Federici, 2008).

Otros ejemplos de violencia fácilmente atribuibles al proceso de globalización, han sido el ascenso de los asesinatos por las dotes en India, el incremento del tráfico y otras formas de trabajo sexual forzado, así como el agudo ascenso de la desaparición de mujeres y el feminicidio. Cientos de mujeres jóvenes, casi todas trabajadoras en las maquilas, han sido asesinadas en Ciudad Juárez y otras poblaciones mexicanas en las fronteras con Estados Unidos, víctimas aparentes de violación o de redes criminales, productoras de pornografía y películas "snuff". Un espantoso incremento en el número de mujeres víctimas de asesinato se ha registrado igualmente en México y Guatemala. Pero por encima de todas, la violencia institucional ha escalado más. Esta es la violencia

de la pauperización absoluta, de las condiciones inhumanas de trabajo, de la migración en condiciones de clandestinidad. El que tal migración pueda ser vista, también, como una lucha por aumentar la autonomía y la autodeterminación por medio del escape, como una búsqueda por relaciones de poder más favorables; no puede borrar este hecho.

Hay muchas conclusiones que han de ser extraídas a partir de este análisis. La primera es que la lucha por el trabajo asalariado o la lucha por unirse a la clase trabajadora en el lugar de trabajo, como algunas marxistas feministas gustan llamarlo, no puede ser un camino hacia la liberación. El trabajo asalariado puede ser necesario, pero no es una estrategia política consistente. En tanto que el trabajo reproductivo sea devaluado, y considerado como una cuestión privada y una responsabilidad femenina, las mujeres siempre confrontarán al capital y al estado con menor poder que los hombres y en condiciones de extrema vulnerabilidad económica y social. Es también importante reconocer que hay serios límites con respecto a la medida en la cual el trabajo reproductivo puede ser reorganizado o reducido con base en el mercado. Por ejemplo, ¿qué tanto podemos reducir o comercializar el cuidado de los niños, ancianos y enfermos, sin imponer un gran costo sobre aquellos que necesitan cuidado? El grado en que la mercantilización de la producción de alimentos ha contribuido a la degradación de nuestra salud (llevando, por ejemplo, al ascenso de la obesidad incluso entre los niños), es particularmente aleccionador. Por lo que corresponde a la comercialización del trabajo reproductivo a través de su redistribución sobre los hombros de otras mujeres, tal como hoy en día se ha organizado esta solución, solo amplía la crisis del trabajo doméstico, ahora desplazada hacia las familias de quienes se encargan de contratarse en tales servicios de cuidado, y crea nuevas inequidades entre las mujeres.

Se necesita la reapertura de una lucha colectiva en torno a la reproducción que reclame el control sobre las condiciones materiales de nuestra reproducción y cree nuevas formas de cooperación alrededor de este trabajo que se encuentren fuera de la lógica del capital y el mercado. Esta no es una utopía, sino un proceso ya en marcha en muchas partes del mundo y en vías de expandirse ante el colapso del sistema financiero mundial. Los gobiernos están intentando usar la crisis para imponernos brutales regímenes de austeridad en los años por venir. Pero a través de la recuperación de las tierras, la agricultura urbana, la agricultura comunitaria; a través de tomas y ocupaciones, de la creación de diversas formas de trueque, intercambio, apoyo mutuo, formas alternativas de salud -por nombrar algunos de los terrenos en los cuales tal reorganización de la reproducción se encuentra más desarrollada-, está comenzando a emerger

una nueva economía que puede hacer del trabajo reproductivo un espacio más libre y creativo de experimentación sobre las relaciones humanas y no una actividad brutal y discriminatoria.

Como ya he afirmado, esto no es una utopía. Las consecuencias de la economía mundial globalizada podrían haber sido bastante más nefastas de no haber sido por los esfuerzos que millones de mujeres han hecho para asegurar el sustento de sus familias, sin importarles el valor que se les concede en el mercado laboral capitalista. A través de sus actividades de subsistencia, así como de diversas formas de acción directa (de la toma de tierras públicas a la agricultura urbana), las mujeres han ayudado a evitar el despojo total de sus comunidades, a estirar los ingresos y llevar comida a sus cazuelas. Entre guerras, crisis económicas y devaluación, conforme el mundo a su alrededor se derrumbaba, ellas han sembrado maíz en las parcelas abandonadas de los pueblos, cocinado comida para vender en las calles, creado cocinas comunitarias —ollas comunes como en Chile y Perú—, interponiéndose a la total mercantilización de la vida e iniciando un proceso de reapropiación y recolectivización de la reproducción, indispensables si hemos de recuperar el control sobre nuestras vidas. Los movimientos Occupy y de toma festiva de las plazas de 2011 son, de cierta forma, una continuación de este proceso conforme las multitudes han entendido que ningún movimiento se sostiene si no pone al centro la reproducción de aquellos que en él participan, transformando de esta manera las demostraciones de protesta en momentos de reproducción y cooperación colectivas.

Referencias

- Abramovitz, Mimi (1996). *Regulating the Lives of Women: Social Welfare Policy from Colonial Times to the Present*. Boston, South End Press.
- Alvarado, Elvia (1987). *Don't Be Afraid, Gringo: A Honduran Woman Speaks From the Heart*. New York, Harper and Row.
- Amin, Samir (1970). *Accumulation on a World Scale: A Critique of the Theory of Underdevelopment*. New York, Monthly Review Press.
- Andreas, Carol (1985). *Why Women Rebel: The Rise of Popular Feminism in Peru*. Westport (CT), Lawrence Hill Company.
- Benjamin, Medea (ed.) (1987). *Don't Be Afraid, Gringo: A Honduran Woman Speaks. The Story of Elvia Alvarado*. New York, Harper Perennial.
- Bennholdt-Thomsen, Veronika; Faraclas, Nicholas y Von Werlhof, Claudia (eds.) (2001). *There Is an Alternative: Subsistence and Worldwide Resistance to Globalization*. London, Zed Books.
- Bennholdt-Thomsen, Veronika y Mies, Maria (1999). *The Subsistence Perspective: Beyond the Globalised Economy*. London, Zed Books.
- Bollier, David (2002). *Silent Theft: The Private Plunder of Our Common Wealth*. London, Routledge.
- Boris, Eileen y Klein, Jennifer (2007). "We Were the Invisible Workforce: Unionizing Home Care". En: Dorothy Sue Cobble (ed.). *The Sex of Class: Women Transforming American Labor* (pp. 177-193). Ithaca, Cornell University Press.
- Boserup, Ester (1970). *Women's Role in Economic Development*. London, George Allen y Unwin Ltd.
- Bryceson, Deborah Fahy (1993). *Liberalizing Tanzania: Food Trade: Private and Public Faces Urban Marketing Policy, 1930-1988*. London, Zed Books.
- Bush, Barbara (1990). *Slave Women in Caribbean Society, 1650-1838*. Bloomington, Indiana University Press.
- Caffentzis, George (1995). "The Fundamental Implications of the Debt Crisis for Social reproduction in Africa". En: Mariarosa Dalla Costa y Giovanna Franca Dalla Costa (eds.). *Paying the Price: Women and the Politics of International Economic Strategy*, (pp. 15-41). London, Zed Books.
- _____ (2006) "Three Temporal Dimensions of Class Struggle", Encuentro anual de ISA, San Diego (CA), marzo.
- Carls, Kristin (2007). "Affective Labor in Milanese Large Scale Retailing: Labor Control and Employees Coping Strategies". *Ephemera*, vol. 7, núm. 1, p. 46. <http://www.ephemerajournal.org/contribution/affective-labour-milanese-large-scale-retailing-labour-control-and-employees-coping>
- Carlsson, Chris (2008). *Nowtopia. How Pirate Programmers, Outlaw Bicyclists, and Vacant-Lot Gardeners Are Inventing the Future Today!* Oakland (CA), AK Press.
- Carney, Judith y Watts, Michael (1991). "Disciplining Women? Rice, Mechanization, and the Evolution of Mandinka Gender Relations in Senegambia". *Sign*, vol. 16, núm 4, pp. 651-681.
- Chege, Michael (1987). "The State and Labour in Kenya". En: Peter Anyang' Nyong'o (ed.). *Popular Struggles for Democracy in Africa*. London, Zed Books.
- Cohen, Roberta y Deng, Francis M. (1998). *Masses in Flight: The Global Crisis of Internal Displacement*. Washington DC, Brookings Institution Press.
- Corsani, Antonella (2007). "Beyond the Myth of Woman: The Becoming Transfeminist of (Post-) Marxism". En:

SubStance #112, vol. 36, núm. 1, pp. 107-138.

Cozart, Bernadette (1999). "The Greening of Harlem". En: Peter Lamborn Wilson y Bill Weinberg (eds.). *Avant Gardening: Ecological Struggle in the City and the World*. New York, Autonomedia.

Dalla Costa, Giovanna Franca (1995). "Development and Economic Crisis: Women's Labour and Social Policies in Venezuela in the Context of International Indebtedness". En: Mariarosa Dalla Costa y Giovanna Franca Dalla Costa (eds.). *Paying the Price: Women and the Politics of International Economic Strategy*. London, Zed Books.

Dalla Costa, Mariarosa (2008). "Capitalism and Reproduction". En: Werner Bonefeld (ed.). *Subverting the Present, Imagining the Future: Class, Struggle, Commons* (pp. 87-98). Brooklyn, Autonomedia.

_____ (1972). "Community, Factory and School from the Woman's Viewpoint". En: *L'Offensiva*.

_____ (1974). "Riproduzione e emigrazione". En: Alessandro Serafini(ed.). *L'Operaio Multinazionale in Europa*, Milán, Feltrinelli. Traducido al inglés por Silvia Federici y Harry Cleaver y publicado como "Reproduction and Emigration". En: *The Commoner*, núm. 15, 2012, pp. 95-157.

_____ (1973). "Women and the Subversion of the Community". En: Mariarosa Dalla Costa y Selma James. *The Power of Women and the Subversion of the Community*. Bristol, Falling Wall Press.

_____ (2012). "Women's Autonomy and Remuneration for Care Work in the New Emergencies". En: *The Commoner*, núm. 15, pp. 198-234.

Dalla Costa, Mariarosa y Dalla Costa, Giovanna Franca (eds.) (1995). *Paying the Price: Women and the Politics International Economic Strategy*. London, Zed Books.

_____ (1999). *Women, Development and Labor of Reproduction: Struggles and Movements*. Trenton (New Jersey), Africa World Press.

Dalla Costa, Mariarosa y Fortunati, Leopoldina (1976). *Brutto Ciao. Direzioni di marcia delle donne negli ultimi trent'anni*. Roma, Edizioni delle donne.

Dalla Costa, Mariarosa y James, Selma (1973). *The Power of Women and the Subversion of the Community*. Bristol, Falling Wall Press.

Davidson, Basil (1981). *The People's Cause: A History of Guerrillas in Africa*. London, Longman.

Davis, Mike (2006). *Planet of Slums. Urban Involution and the Informal Working Class*. London, Verso.

De Angelis, Massimo (2007). *The Beginning of History: Value Struggles and Global Capital*. London, Pluto Press.

Department of Health, Education and Welfare (1975). *Work in America: Report of a Special Task Force to the Secretary for HEW (Health, Education and Welfare)*. Cambridge (MA), MIT.

Diduk, Susan (1989). "Women's Agricultural Production and Political Action in the Cameroon Grassfields". En: *Africa*, vol. 59, núm. 3, pp. 338-355.

Dowling, Emma (2007). "Producing the Dining Experience: Measure Subjectivity and the Affective Worker". En: *Ephemera*, vol. 7, núm 1, pp. 120-121

Economist (2008). "Why It Still Pays to Study Medieval English Landholding and Sahelian Nomadism". Recuperado el 31 de julio de 2008 en <http://www.economist.com/node/11848182>.

Edelman, Marc y Haugerud, Angelique (eds.) (2005). *The Anthropology of Development and Globalization: From Classical Political Economy to Contemporary Neoliberalism*. Malden (MA), Blackwell Publishing.

Emergency Exit Collective (2008). *The Great Eight Masters and the Six Billion Commuters*. Bristol, May Day.

Engels, Friederich (1980). *The Condition of the Working Class in England*. Moscú, Progress Publishers.

FAO (Food and Agriculture Association) (2004). Gender and Agriculture. Recuperado en <http://www.fao.org/Gender/agrib4-e.html>.

Federici, Silvia (2004). *Caliban and the Witch: Women, the Body and Primitive Accumulation*. Brooklyn (NY), Autonomedia.

_____ (1992) "The Debt Crisis, Africa, and the New Enclosures". En: *Mid-night Notes Collective* (ed.), *Midnight Oil: Work, Energy, War, 1973-1992* (pp. 303-317). Nueva York, Autonomedia.

_____ (1995) "Economic Crisis and Demographic Policy in Sub-Saharan Africa: The Case of Nigeria". En: *Mariarosa Dalla Costa y Giovanna Franca Dalla Costa* (eds.). *Paying the Price: Women and the Politics International Economic Strategy* (pp. 42-57). London, Zed Books.

_____ (1997). "Going to Beijing: The United Nations and the Taming of the International Women's Movement", inédito.

_____ (1999). "Reproduction and Feminist Struggle in the New International Division of Labor". En: *Mariarosa Dalla Costa y Franca Dalla Costa* (eds.). *Women, Development and Labor Reproduction*. Trenton (New Jersey), Africa World Press.

_____ (2000). "The New African Student Movement". En: *Silvia Federici et al.* (eds.). *A Thousand Flowers: Social Struggles against Structural Adjustment in African Universities* (pp. 86-112). Trenton (NJ), Africa World Press.

_____ (2000). "War, Globalization and Reproduction". *Peace and Change*, vol. 25, núm. 2. Reimpreso en *Matt Meyer y Elavie Ndura-Ouédraogo* (eds.). *Seeds of New Hope: Pan-African Peace Studies for the Twenty First Century*, Trenton (New Jersey), Africa World Press, 2008, pp. 141-164.

_____ (2008). "Witch-Hunting, Globalization, and Feminist Solidarity in Africa Today". *Journal of International Women's Studies*, número especial, *Women's Gender Activism in Africa*, vol. 10, núm. 1, pp. 21-35.

_____ (2011). "Women, Land Struggles, and the Reconstruction of the Commons". *Working USA: The Journal of Labor and Society*, vol. 14, núm. 1, pp. 41-56.

_____ "The Development of Domestic Work in the Transition From Absolute to Relative Surplus Value". Inédito Federici, Silvia, et ál. (eds.) (2000). *A Thousand Flowers. Social Struggles against Structural Adjustment in African Universities*. Trenton, Africa World Press.

Federici, Silvia y Caffentzis, George (2009). "Notes on the edu-factory and Cognitive Capitalism". En: *Edu-factory Collective* (ed.). *Towards a Global University. Cognitive Labor, the Production of Knowledge and Exodus from the Education Factory*, Brooklyn, Autonomedia.

Ferguson, Sarah (1999). "A Brief History of Grassroots Greening in the Lower East Side". En: *Peter Lamborn Wilson y Bill Weinberg* (eds.). *Avant Gardening: Ecological Struggle in the City and the World*. New York, Autonomedia.

Fernandez, Margarita (2003). "Cultivating Community, Food, and Empowerment: Urban Gardens in New York City" (paper).

Fisher, Jo (1993). *Out the Shadows: Women, Resistance and Politics in South America*. London, Latin America Bureau.

Folbre, Nancy (2006). "Nursebots to the Rescue? Immigration, Automation and Care". *Globalization*, vol. 3, núm. 3, pp. 349-360.

Fortunati, Leopoldina (1981). *The Arcane of Reproduction: Housework, Prostitution, Labor and Capital*. Brooklyn, Autonomedia, 1995. Publicado originalmente en italiano como *L'Arcano della Riproduzione: Casalinghe, Prostitute, Operai e Capitale*. Venecia, Marsilio.

Galli, Rosemary y Frank, Ursula (1995). "Structural Adjustment and Gender in Guinea Bissau". En: Gloria T. Emeagwali (ed.). *Women Pay the Price: Structural Adjustment in Africa and the Caribbean*, Trenton (New Jersey), Africa World Press.

Glazer, Nona (1993). *Women Paid and Unpaid Labor: Work Transfer in Health Care and Retail*. Filadelfia, Temple University Press.

Gunder Frank, Andre (1967). *Capitalism and Underdevelopment in Latin America: Historical Studies of Chile and Brazil*. Nueva York, Monthly Review Press.

_____ (1966). *The Development of Underdevelopment*, Nueva York, Monthly Review Press.

Hardt, Michael (1993). *Gilles Deleuze: an Apprenticeship in Philosophy*, Minneapolis, University of Minnesota Press.

Hardt, Michael y Negri, Antonio (2000). *Empire*. Cambridge (MA), Harvard University Press.

_____ (2004). *Multitudes: War and Democracy in the Age of Empire*. Cambridge (MA), Harvard University Press.

_____ (2009). *Commonwealth*. Cambridge (MA), Harvard University Press.

Hayden, Dolores (1985). *The Grand Domestic Revolution*. Cambridge (MA), MIT Press.

_____ (1986). *Redesigning the American Dream: The Future of Housing, Work, and Family Life*. New York, Norton and Company.

Hearn, Alison (2010). "Reality television, The Hills, and the limits of the immaterial labor thesis". *tripleC - Cognition, Communication, Cooperation*, vol. 8, núm. 1.

Hinfelaar, Hugo F. (2007). "Witch-Hunting in Zambia and International Illegal Trade". En: Gerrie Ter Haar (ed.). *Witchcraft and Accusations in Contemporary Africa* (pp. 229-246). Trenton (NJ), Africa World Press.

Hochschild, Arlie (2000), "Global Care Chains and Emotional Surplus Value". En: Will Hutton y Anthony Giddens (eds.). *Global Capitalism*. Nueva York, The New Press.

_____ (1983). *The Managed Heart. Commercialization of Human Feeling*. Berkeley, University of California Press.

_____ (1997). *Time Bind. When Work Becomes Home and Home Becomes Work*. Nueva York, Metropolitan Book.

_____ (2003). *The Commercialization of Intimate Life*. Berkeley, University of California Press.

_____ (2009). "Who Pays for the Kyoto Protocol?" En: Ariel Salleh (ed.). *Eco-Sufficiency and Global Justice. Women Write Political Ecology* (pp. 199-217). New York/London, Macmillan Palgrave.

Iyun, Folasode (1995). "The Impact of Structural Adjustment on Maternal and Child Health in Nigeria". En: T. Emeagwali (ed.). *Women Pay the Price: Structural Adjustment in Africa and the Caribbean*. Trenton, Africa World Press.

James, Selma (1975). *Sex, Race and Class*. Bristol, Falling Wall Press (y RaceToday).

_____ (2012). *Sex, Race, and Class: The Perspective of Winning: A Selection of Writings, 1952-2011*. Oakland, PM Press.

Jelin, Elizabeth (1990). *Women and Social Change in Latin America*. London, Zed Books.

Joekes, Susan (1995). *Trade-Related Employment for Women in Industry and Services in Developing Countries*. Ginebra, UNRISD.

Juma, Calestous y Jackton Ojwang (eds.) (1996). *In Land We Trust. Environment, Private Property and Constitutional Change*. London, Zed Books.

- Kopp, Anatole (1967). *Ville et Revolution: Architecture et Urbanisme Sovietiques des Annees Vingt*. París, Editions Anthropos.
- Kumar, Radha (1997). *The History of Doing. An Illustrated Account of Movements for Women's Rights and Feminism in India 1800-1990*. London, Verso.
- Lazzarato, Maurizio (2008). "From Knowledge to Belief, from Critique to the Production of subjectivity". EIPCP. eip-cp.net/transversal/0808/lazzarato/en.
- Linebaugh, Peter (2007). *The Magna Carta Manifesto. Liberties and Commons for all*. Berkeley, University of California Press.
- Maathai, Wangari (1993). "Kenya's Green Belt Movement". En: F. Jeffress Ramsay (ed.). *Africa*. Guilford (CT), The Dushkin Publishing Group.
- Macrae, Joanna y Zwi, Anthony (eds.) (1994). *War and Hunger : Rethinking International Responses to Complex Emergencies*. London, Zed Books.
- Malos, Ellen (ed.) (1980). *The Politics of Housework*. Cheltenham (UK), New Clarion Press.
- Marx, Karl (1990). *Capital*, vol. 1, London, Penguin Classics.
- _____ (1973). *Grundrisse*, London, The Penguin Press.
- _____ (1974). "Wages of Labour". En: *Economic and Philosophic Manuscripts of 1844*. Moscú, Progress Publishers.
- Matsui, Yayori. (1999). *Women in the New Asia: From Pain to Power*. London, Zed Books.
- Money: *Capitalism and the Domestic Community*. Cambridge, Cambridge University Press.
- Meyer, Mary K. y Prugl, Elizabeth (eds.) (1999). *Gender Politics in Global Governance*. Boulder, Rowman and Littlefield Publishers Inc.
- Mies, Maria (1988). "From the Individual to the Individual: In the Supermarket of 'Reproductive Alternatives'". En: *Genetic Engineering*, vol.1, núm. 3, pp. 225-237.
- _____ (1986). *Patriarchy and Accumulation on a World Scale: Women in the International Division of Labour*. London, Zed Books.
- Mies, Maria y Bennholdt-Thomsen, Veronika (1999). "Defending, Reclaiming, and Reinventing the Commons". En: Veronika Bennholdt-Thomsen y Maria Mies (eds.). *The Subsistence Perspective: Beyond the Globalised Economy* (pp. 141-164). London, Zed Books.
- Mies, Maria y Bennholdt-Thomsen, Veronika y von Werlhof, Claudia (1988). *Women. The Last Colony*. London, Zed Books.
- Mies, Maria y Shiva, Vandana (1993). *Ecofeminism*. London, Zed Books.
- Milwaukee County Welfare Rights Organization (1972). *Welfare Mothers Speak Out*. New York, W.W. Norton Co.
- Morrissey, Marietta (1989). *Slave Women in the New World*. Lawrence, University Press of Kansas.
- Moser, Caroline (1993). *Gender Planning and Development: Theory, Practice and Training*. London, Routledge.
- Moulier Boutang, Yann (1998). *De l'esclavage au salariat. Économie historique du salariat bridé*. París, Presse Universitaire de France.
- Moyo, Sam y Yeros, Paris (eds.) (2005). *Reclaiming the Land. The Resurgence of Rural Movement in Africa, Asia and Latin America*. London, Zed Books.

- Murphy, Josette L. (1995). *Gender Issues in World Bank Lending*. Washington DC, The World Bank.
- Neft, Naomi y Levine, Anne D. (1997). *Where Women Stand: An International Report on the Status of Women in 140 Countries, 1997-1998*. New York, Random House.
- Nels, Anderson (1998). *On Hobos and Homelessness*. Chicago, The University of Chicago Press.
- Negri, Antonio (1991). *The Savage Anomaly. The Power of Spinoza's Metaphysics and Politics*. Minneapolis, University of Minnesota Press.
- Ongaro, Sara (2003). "De la reproduction productive à la production reproductive". *Multitudes*, núm. 12, pp. 145-153.
- Papadopoulos, Dimitris; Stephenson, Niamh y Tsianos, Vassilis (2008). *Escape Routes: Control and Subversion in the 21st Century*. London, Pluto Press.
- Parreñas, Rhacel Salazar (2002). *Servants of Globalization: Women, Migration and Domestic Work*. Stanford (CA), Stanford University Press.
- Perkins Gilman, Charlotte (1903). *The Home, Its Work and Influence*. Nueva York, McClure, Phillips, & Co.
- Podlashuc, Leo (2009). "Saving Women: Saving Commons". *Eco-Sufficiency and Global Justice: Women Write Political Ecology* (pp. 268-290). New York/London, Macmillan Palgrave.
- Porter, Marilyn y Judd, Ellen (eds.) (1999). *Feminists Doing Development: A Practical Critique*. London, Zed Books.
- Schlemmer, Bernard (ed.) (2000). *The Exploited Child*. Londres, Zed Books.
- Schultz, Susanne (2006). "Dissolved Boundaries and 'Affective Labor': On the Disappearance of Reproductive Labor and Feminist Critique in Empire". En: *Capitalism, Nature and Socialism*, vol. 17, núm. 1.
- Settimi, Laura et ál. (1999). "Cancer Risk among Female Agricultural Workers: A Multi-Center Case-Control Study". *American Journal of Industrial Medicine*, núm. 36, pp. 135-141.
- Shiva, Vandana (1994). *Close to Home: Women Reconnect Ecology, Health and Development Worldwide*. Filadelfia, New Society Publishers.
- _____ (1991). *Ecology and the Politics of Survival Conflicts Over Natural Resources in India*. New Delhi/London, Sage Publications.
- _____ (1989). *Staying Alive: Women, Ecology and Development*. London, Zed Books.
- _____ (2000). *Stolen Harvest: The Hijacking of the Global Food Supply*. Boston (MA), South End Press.
- Silverblatt, Irene (1987). *Moon, Sun, and Witches: Gender Ideologies and Class in Inca and Colonial Peru*. Princeton, Princeton University Press.
- Snyder, Margaret y Tadesse, Mary (1995). *African Women and Development: A History*. London, Zed Books.
- Sohn-Rethel, Alfred (1978). *Intellectual and Manual Labor: A Critique of Epistemology*. London, Macmillan.
- Spinoza, Benedict (1955). *On the Improvement of the Understanding, The Ethics, The Correspondence*. New York, Dover Publication.
- Staples, David (2006). *No Place Like Home: Organizing Home-Based Labor in the Era of Structural Adjustment*. New York, Routledge.
- Steady, Filomina Chioma (1993). *Women and Children First: Environment, Poverty, and Sustainable Development*. Rochester (VT), Schenkman Book.

- Terranova, Tiziana (2000). "Free Labour: Producing Culture for the Digital Economy". *Social Text*, núm. 63.
- Tripp, Aili Mari (2000). *Women and Politics in Uganda*. Oxford, James Currey. 2009 *Turbulence*. *Ideas for Movement*, núm. 5; disponible en <http://turbulence.org.uk>
- Turner, Terisa E. (ed.) (1994). *Arise! Ye Mighty People!: Gender, Class and Race in Popular Struggles*. Trenton (New Jersey), Africa World Press.
- Turner, Terisa E. y Brownhill, Leigh S. (eds.) (2001). *Gender Feminism and the Civil Commons*, número especial, *Canadian Journal of Development Studies*, núm. 22.
- Turner, Terisa E. y Oshare, M. O. (1994). "Women's Uprisings against the Nigerian Oil Industry". En: Terisa E. Turner (ed.) *Arise! Ye Mighty People!: Gender, Class and Race in Popular Struggles*. Trenton (NJ), Africa World Press.
- Turshen, Meredith (ed.) (1991). *Women and Health in Africa*. Trenton (New Jersey), Africa World Press.
- United Nations (1995). *Beijing Declaration and Platform for Action Adopted by the Fourth World Conference on Women: Action for Equality, Development and Peace*. Beijing, United Nations.
- _____ (1995). *From Nairobi to Beijing*. Nueva York, United Nations.
- _____ (1996). *The United Nations and the Advancement of Women, 1945-1996*. New York, United Nations.
- _____ (1995). *The World's Women 1995: Trends and Statistics*. Nueva York, United Nations.
- Wichterich, Christa (2000). *The Globalized Woman: Reports from a Future of Inequality*. London, Zed Books.
- Wissinger, Elizabeth (2007). "Modelling a Way of Life: Immaterial and Affective Labour in the Fashion Modelling Industry". *Ephemera*, vol. 7, núm. 1, 2007, pp. 252-257.